

LAS DESIGUALDADES ANTE LA INCERTIDUMBRE

INEQUALITIES IN FACE OF UNCERTAINTY

Eguzki Urteaga

Universidad del País Vasco. Vitoria / España

eguzki.urteaga@ehu.eus

<https://orcid.org/0000-0002-8789-7580>

Recibido/Received: 01/09/2023

Modificado/Modified: 10/05/2024

Aceptado/Accepted: 20/05/2024

RESUMEN

Hoy en día, en razón de múltiples mutaciones, entramos en una sociedad de la incertidumbre donde esta no para de diversificarse e intensificarse, hasta el punto de traducirse por un incremento del riesgo y una exacerbación de su percepción social, lo que provoca, a su vez, una inseguridad y una sensación de inseguridad crecientes, sobre todo en el ámbito social. Todo ello genera una incapacidad creciente para prever los acontecimientos venideros y una dificultad notable para proyectarse en el futuro, lo que tiene incidencias sobre el auge de fenómenos contemporáneos, tales como el presentismo, el conspirativismo, el populismo o el fundamentalismo. No en vano, si el incremento de las incertidumbres concierne al conjunto de las sociedades contemporáneas, todos los actores no están expuestos de la misma manera y en proporciones similares a los riesgos medio ambientales, a las tensiones geopolíticas, a las disparidades económicas o a las desigualdades sociales.

PALABRAS CLAVE

Incertidumbre; desigualdades; sociedades contemporáneas.

SUMARIO

1. Introducción. 2. Ante los desequilibrios medio ambientales. 3. Ante las tensiones geopolíticas. 3.1. Guerras y conflictos armados. 3.2. Regímenes liberales y autoritarios. 3.3. Hambruna y miseria. 4. Ante las desigualdades sociales. 4.1. Niveles de cualificación. 4.2. Estatus profesionales. 4.3. Género. 4.4. Grupos de edad. 4.5. Generaciones. 5. Ante las disparidades económicas. 5.1. Patrimonios. 5.2. Rentas. 6. Conclusión. Bibliografía.

ABSTRACT

Nowadays, due to several mutations, we are entering a society of uncertainty, where it is becoming increasingly diverse and intense, to the point of translating into an increase of risks and an exacerbation of their social perception, which in turn provokes a growing insecurity and a feeling of insecurity, primarily at the social level. This leads to a growing inability to foresee future events and major difficulties in projecting oneself into the future, which has an impact on the rise of contemporary phenomena such as presentism, conspiracy, populism, and fundamentalism. However, if the rise of uncertainty concerns all contemporary societies, not all actors are exposed to it in the same way and in the same proportions, whether it is in relation to environmental risks, geopolitical tensions, economic disparities, or social inequalities.

KEYWORDS

Uncertainty; inequalities; contemporary societies.

CONTENTS

1. Introduction. 2. In the face of environmental disorder. 3. In the face of geopolitical tensions. 3.1. Wars and armed conflicts. 3.2. Illiberal and authoritarian regimes. 3.3. Famine and destitution. 4. Social inequalities. 4.1. Levels of qualification. 4.2. Professional status. 4.3. Gender. 4.4. Age classes. 4.5. Generations. 5. Front of economic disparities. 5.1. Patrimonies. 5.2. Rents. 6. Conclusion. References.

1. INTRODUCCIÓN

Vivimos cada vez más en unas sociedades inciertas, dado que asistimos a un auge de las incertidumbres. Junto con Ramos (2004), Bauman (2006), Bammer y Smithson (2008), Castel (2009) es uno de los primeros en subrayar este rasgo característico de las sociedades contemporáneas. Una vez analizada la metamorfosis de la cuestión social (1995), sinónimo de debilitamiento de la sociedad salarial, observa que la incertidumbre no para de crecer para unos individuos que carecen de las protecciones sociales que les habían proporcionado cierta estabilidad y previsibilidad en la sociedad industrial. Resulta de todo ello un proceso que fragiliza a las personas (Castel, 2009: 23). Lejos de ser un fenómeno provisional, que resulta de una coyuntura sinónimo de crisis económica, es estructural y duradero, puesto que traduce una transformación en profundidad de las sociedades actuales (Urteaga, 2023a).

No obstante, el auge de las incertidumbres no se reduce al mundo laboral, sino que se extiende a todos los ámbitos, del cambio climático a las tensiones geopolíticas pasando por las vicisitudes políticas, las evoluciones económicas y las transformaciones socioculturales. Más aún, esta incertidumbre se intensifica, de lo que da cuenta la sucesión de acontecimientos imprevistos que han tenido lugar en los últimos años y que no habían sido anticipados ni por los observadores especializados ni por las instituciones internacionales, a la imagen de la crisis financiera de 2008, la crisis migratoria de 2015, el Brexit, la elección de Donald Trump, la pandemia del Covid-19 o la guerra en Ucrania (Urteaga, 2023b).

En efecto, en razón del fin de los grandes relatos, de la aceleración del cambio, de la fragmentación del cuerpo social, del auge de la individualización y de la profundización de la globalización (Urteaga, 2023c), hemos entrado en una sociedad de la incertidumbre donde esta última no para de intensificarse y diversificarse, hasta el punto de traducirse por un incremento del riesgo (Beck, 2001) y de su percepción social (Urteaga e Izagirre, 2008), lo que provoca, a su vez, una inseguridad y una sensación de inseguridad crecientes, especialmente en el ámbito social (Castel, 2003). Esto genera una incapacidad creciente para prever los acontecimientos y una dificultad progresiva para proyectarse en el futuro, lo que tiene cierta incidencia sobre fenómenos contemporáneos, tales como el presentismo (Hartog, 2012), el conspirativismo (Bronner, 2013), el populismo (Rosanvallon, 2020) o el fundamentalismo (Bianchi y Kepel, 2009).

No en vano, si la intensificación y diversificación de la incertidumbre y el incremento de sus efectos lesivos conciernen el conjunto de las sociedades contemporáneas, todos los individuos, grupos sociales, comunidades y regiones no están expuestos de la misma manera y en proporciones similares. Esto se averigua en lo que concierne los distintos niveles de vulnerabilidad ante los desequilibrios medio ambientales y, especialmente, la elevación del nivel del mar y los riesgos de sumersión, las fuertes precipitaciones y las probabilidades de inundaciones, las sequías y los riesgos de incendios. Sucede lo mismo con las situaciones

geopolíticas que difieren notablemente según las zonas geográficas, lo que está en el origen de las desigualdades ante las guerras y los conflictos armados, los regímenes autoritarios e iliberales, los riesgos de hambruna y de miseria. Y qué decir de los grados de incertidumbre dispares en relación con el nivel de estudios, el estatus profesional, el género, la generación o la edad; todo ello estando a menudo estrechamente vinculado a las disparidades económicas en términos de patrimonio y de renta.

2. ANTE LOS DESEQUILIBRIOS MEDIO AMBIENTALES

En efecto, todos los actores no se ven afectados de manera similar por el cambio climático, en la medida en que “los impactos físicos son diferentes de una región a otra. Además, los impactos medio ambientales dependen de la vulnerabilidad socioeconómica de los individuos y de los países [en los que residen]. De manera general, los países pobres y las [categorías modestas] son más vulnerables a los impactos del cambio climático, [porque] están, a la vez, más expuestos, son más sensibles a estos impactos y tienen una menor capacidad de adaptación” (Guivarch y Taconet, 2020: 41). De hecho, los impactos físicos ya son visibles y lo serán aún más en el futuro en los países empobrecidos. “En razón de su ubicación, los países pobres están más expuestos a los efectos del cambio climático, que se trate del estrés hídrico, de la intensidad de las sequías o de las olas de calor, de las pérdidas de rendimiento agrícola o de la degradación de los hábitats naturales” (Guivarch y Taconet, 2020: 41). Así, se estima que la exposición al riesgo climático se concentra en África y en Asia del Sur-Este en un 90%, y las categorías más pobres de estas regiones corren el mayor peligro (Byers et al., 2018).

En el ámbito agrícola, los estudios realizados, especialmente por Rosenzweig y sus coautores (2014), ponen de manifiesto el hecho de que “los impactos del cambio climático son negativos, en particular en las regiones de baja latitud en las cuales se concentran los países [emergentes]” (Guivarch y Taconet, 2020: 42). Ese efecto diferenciado entre los países se observa ahora mismo. De hecho, a pesar de que el cambio climático haya disminuido los rendimientos agrícolas en la mayoría de los territorios (Lobell, Schlenker y Costa-Roberts, 2011), ciertos países europeos han sacado provecho de dicho cambio, a la imagen del Reino Unido (Jaggard, Qi y Semenov, 2007; Gregory y Marshall, 2012) y de los países nórdicos (Supit et al., 2010).

Asimismo, diversos indicadores permiten ilustrar esta distribución desigual de los impactos físicos. Las temperaturas diarias extremas resultantes del cambio climático se localizan en zonas menos desarrolladas (Harrington et al., 2016). Si existe una incertidumbre a nivel planetario sobre la evolución de los recursos hídricos en razón del cambio climático, los territorios en los cuales se estima que el estrés hídrico aumentará en mayor medida son las zonas desfavorecidas, sobre todo en el norte del continente africano (Gosling y Arnell, 2016).

Estos impactos diferenciados en función de los países conciernen también sus ecosistemas. Efectivamente, “los ecosistemas tropicales se adecuan sobre todo a unas condiciones ecológicas específicas cuando aquellos de las zonas templadas pueden adaptarse a variaciones más importantes del clima que conocen a lo largo del año. Los ecosistemas tropicales están, por lo tanto, amenazados por mayores variaciones de temperatura” (Guivarch y Taconet, 2020: 43). Es la razón por la cual, la reducción del incremento de la temperatura global a +1.5°C beneficiará, en mayor medida, a los países desfavorecidos (King y Harrington, 2018).

En el seno de los países, los individuos pobres están también situados en zonas que corren un mayor riesgo climático, porque estas ofrecen oportunidades superiores en términos de acceso al empleo, a la educación y a la sanidad o porque la vivienda es más asequible. Se ven

obligados a vivir en zonas inundables o en sectores próximos a los deltas (Brouwer et al., 2007). En las zonas urbanas, los hábitats informales están frecuentemente situados en zonas sometidas a los riesgos climáticos, a la imagen de Dhaka (Braun y Aßheuer, 2011), o en parcelas inclinadas que pueden verse afectadas por corrimientos de barro, sobre todo en el sur del continente americano (Painter, 2007).

Así, los más desfavorecidos residen frecuentemente en geografías que presentan riesgos de inundaciones y de sequías, y el número de personas expuestas es susceptible de crecer un 10% al horizonte 2030 si las emisiones no disminuyen (Jongman et al., 2015). Sucede lo mismo con la exposición al calor extremo contemplada consecutivamente al calentamiento climático, porque, en los países cálidos, los más pobres tienden a concentrarse en territorios en los cuales las temperaturas son más elevadas (Park et al., 2018).

A su vez, “los mismos impactos físicos no se traducen por daños idénticos, en razón de sensibilidades y de capacidades de adaptación diferentes entre países y entre individuos. La mayor sensibilidad de los países pobres a los impactos del cambio climático se explica, entre otros factores, por el lugar ocupado por los sectores agrícolas, [forestales y piscícolas] en la economía” (Guivarch y Taconet, 2020: 43). En ese sentido, una parte notable de la población depende directamente de actividades susceptibles de verse afectadas por el cambio climático, especialmente los más desfavorecidos cuya supervivencia depende en mayor medida del capital natural a su alcance que del capital físico o humano (Huq et al., 2010), y que se benefician de numerosos servicios prestados por la naturaleza (Noack et al., 2015).

Los más pobres son igualmente muy vulnerables “a los episodios extremos, como las catástrofes naturales, que corren el riesgo de aumentar a causa del cambio climático. Sus habitaciones son de menor calidad y, por lo tanto, son más sensibles a los riesgos climáticos” (Guivarch y Taconet, 2020: 44). A menudo, los costes de reparación acumulados representan una parte superior de sus rentas que para los hogares favorecidos (Patankar, 2015). Como lo indica Strömberg (2007), “a pesar de que el número de catástrofes naturales entre países con rentas bajas y altas sea equivalente desde los años setenta, el número de muertos es diez veces superior en los países más pobres” (Guivarch y Taconet, 2020: 44). Además, las instituciones desempeñan un rol no desdeñable en la protección de las poblaciones frente a las catástrofes naturales (Kahn, 2005). Si la diferencia de vulnerabilidad entre países ricos y pobres tiende a reducirse, sigue siendo considerable, en la medida que, entre 2007 y 2016, la tasa de mortalidad debida a las catástrofes naturales es alrededor de cuatro veces superior en los países empobrecidos (Formetta y Feyen, 2019).

Asimismo, los individuos más vulnerables corren el riesgo de padecer los efectos nefastos del cambio climático sobre su salud, a través de las olas de calor (Ahmadalipour, Moradkhani y Kumar, 2019) y de la propagación de diversas enfermedades, tales como el dengue o la malaria. “Las oleadas de calor afectan diferentemente a los grupos sociales” (Guivarch y Taconet, 2020: 44). En cuanto a la ola de calor que ha afectado al Viejo Continente, si el 90% de las víctimas francesas tenían más de 65 años, las categorías desfavorecidas se han visto afectadas en mayor proporción (Borrell et al., 2006).

Los más pobres deben también enfrentarse a impactos indirectos, a imagen del aumento del precio de los productos alimenticios resultante de episodios meteorológicos extremos o de rendimientos inferiores (Hallegatte y Rozenberg, 2017). “Son particularmente sensibles a las variaciones de estos precios, puesto que consagran una parte importante de sus ingresos a la alimentación” (Guivarch y Taconet, 2020: 45). El incremento de los precios podría amenazar la seguridad alimentaria de ciertas zonas, especialmente en Asia del Sur o en África subsahariana, lo que incrementaría la tasa de pobreza de estas regiones (Hertel, 2015). Los impactos indirectos pueden asimismo concernir las rentas cuando la productividad del trabajo

disminuye en razón de las fuertes temperaturas (Deryugina y Hsiang, 2014; Heal y Park, 2016), sobre todo para el trabajo efectuado en exteriores.

Para estos tipos de impactos, “la capacidad de adaptación de los más desfavorecidos es menos elevada y el cambio climático agrava unas dificultades preexistentes. En la mayoría de los casos, no se benefician de mecanismos aseguradores o del acceso a servicios sanitarios de base que permiten atenuar los choques sobre los precios o las rentas. Esto les obliga, en caso de daños causados por una catástrofe natural, como una tormenta o una inundación, a recurrir a su propio patrimonio. Al no gozar de tantos activos, les es más difícil enfrentarse al riesgo” (Guivarch y Taconet, 2020: 45). Además, sus activos están menos diversificados; sabiendo que, para los hogares pobres que residen en zonas urbanas, la vivienda constituye la parte esencial de su patrimonio (Moser, 2007).

Para las familias desfavorecidas que residen en territorios rurales, los rebaños que representan la parte esencial de su capital son susceptibles de perecer en caso de sequía prolongada (Nkedianye et al., 2011). Los más humildes se ven igualmente afectados en mayor medida por las enfermedades de origen hídrico o por enfermedades, tales como la malaria (Hallegatte et al., 2015). Un choque medio ambiental se traduce por unos efectos a largo plazo para los más vulnerables, incrementando aún más su riesgo de caer en la pobreza (Carter et al., 2007). Así, “el cambio climático actúa como un amplificador de riesgo para los más pobres” (Guivarch y Taconet, 2020: 45).

Asimismo, en numerosos países emergentes, las mujeres se encargan de la recogida de leña y de agua, lo que las hace particularmente endebles ante los efectos del calentamiento climático (Egeru, Kateregga y Majaliwa, 2014). Lejos de limitarse a la renta, la etnia, “la estructura familiar o el nivel educativo pueden jugar un rol en la manera en que los individuos se ven afectados por las catástrofes naturales” (Guivarch y Taconet, 2020: 46). Es el caso del Huracán Katrina en Estados Unidos (Elliott y País, 2006; Logan, 2006; Masozera, Bailey y Kerchner, 2007; Myers, Slack y Singelmann, 2008). “Esta situación es reforzada por el hecho de que los grupos desfavorecidos tienen, a menudo, una menor capacidad decisoria y se benefician, en menor medida, de los recursos públicos (Guivarch y Taconet, 2020: 46). Por lo tanto, el cambio climático corre el riesgo de acentuar las desigualdades existentes.

3. ANTE LAS TENSIONES GEOPOLÍTICAS

Las desigualdades son igualmente palpables en lo que concierne la exposición a los riesgos geopolíticos, empezando por las guerras y los conflictos armados.

3.1. Guerras y conflictos armados

Así, mientras que la paz reina en la Unión Europea desde su creación, ciertos países o territorios se han enfrentado o siguen enfrentándose a guerras y a conflictos armados que los sumergen en el caos y que ocasionan innumerables víctimas. Afganistán ofrece una perfecta ilustración de ello, puesto que ese país ha conocido guerras sucesivas desde su invasión por la Unión Soviética en 1979. De hecho, la intervención militar rusa debuta el 27 de diciembre de ese mismo año bajo el pretexto de proteger el régimen y de mantener la paz en la región. A inicios del año 1980, cerca de 100.000 soldados soviéticos se encuentran en Afganistán, instalando sus bases, pero controlando solamente las grandes ciudades y el 20% del territorio. No obstante, esta invasión, condenada por la ONU, se enfrenta a una resistencia feroz de los combatientes afganos que están financiados y ayudados por los servicios de inteligencia

occidentales en plena Guerra Fría.

Durante los tres primeros años de conflicto, la URSS extiende poco a poco su control sobre el país vecino agrandando su contingente que alcanza 120.000 soldados en 1983 (Krivosheev, 1997: 286-288). Posteriormente, entre 1984 y 1985, los soviéticos se imponen a los muyahidines que se hallan relegados a las montañas escarpadas, difíciles de acceso. Pero, a partir de 1986, los combatientes afganos ganan terreno, a la vez, gracias al apoyo de la población y a la ayuda militar de los americanos que les proporcionan misiles suelo-aire FIM-92 Stinger, haciendo perder a los soviéticos el dominio del cielo. Cada vez más a la defensiva y en un contexto de evolución del régimen soviético tras el acceso al poder de Gorbachov, este último decide retirar sus tropas en febrero de 1988, retirada que es efectiva un año más tarde.

No obstante, poco antes del fin de esta guerra que ha durado una década, se inicia un enfrentamiento entre el gobierno afgano, apoyado por Moscú, y diversos grupos muyahidines, que se benefician del apoyo de Estados Unidos, Pakistán y Arabia Saudita. Tras vencer en enfrentamientos sucesivos, diversos grupos rebeldes se adueñan de la capital afgana en abril de 1992, provocando la caída del régimen. Mientras que unos combates se inician entre facciones rivales y la situación política sigue siendo inestable, el 30 de abril, la República Democrática de Afganistán es oficialmente disuelta y el Estado Islámico de Afganistán es proclamado.

Sin embargo, a pesar de la instauración del Estado Islámico y de los acuerdos de Peshawar en virtud de los cuales la práctica totalidad de los partidos se unen para compartir el poder, la formación Hezb-e-Islami Gulbuddin permanece al margen y decide entrar en guerra contra el nuevo régimen. Ello se traduce por una campaña de bombardeos contra la capital durante varios meses seguida del asedio de Kabul (entre noviembre de 1992 y enero de 1993) que siembra el desorden y la cizaña. A pesar de un breve respiro consecutivamente a los acuerdos de Islamabad firmados el 7 de marzo de 1993, los enfrentamientos se reanudan en enero de 1994. Y, a partir del mes de julio de 1994, entran en escena los Talibanes, que se benefician del apoyo de Pakistán y que aspiran, a la vez, a pacificar el país y a instaurar un Estado Islámico que aplica la *charia*. Gracias a la consecución de victorias sucesivas, los Talibanes se adueñan del poder en 1996, instaurando un régimen de terror (Akram, 2021).

Tras cinco años de ejercicio del poder, posteriormente a los atentados del 11 de septiembre de 2001 y ante el rechazo de los Talibanes de poner en manos de las autoridades americanas a Bin Laden que se encuentra en Afganistán, la coalición internacional liderada por Estados Unidos interviene militarmente, apoderándose de las instituciones e instaurando un gobierno provisional dirigido por Karzai. A partir de ese instante, los Talibanes inician una guerra de acoso y consiguen adueñarse de una parte creciente del territorio. Ante la situación de impasse militar, el 31 de diciembre de 2014, la OTAN decide poner fin a su misión en Afganistán y pasar el relevo al ejército nacional afgano. No en vano, la guerra prosigue hasta 2021, fecha en la cual el presidente americano Joe Biden, dando continuidad al acuerdo de Doha firmado por la administración Trump el 29 de febrero de 2020, anuncia la retirada de las tropas estadounidenses que tiene lugar en agosto de ese mismo año, lo que permite a los Talibanes reconquistar el poder (Rashid, 2022).

3.2. Regímenes iliberales y autoritarios

Asimismo, mientras que la democracia liberal goza de relativa buena salud en la mayoría de los Estados miembros de la Unión Europea, con las excepciones de Hungría y, hasta recientemente, Polonia, los ciudadanos de ciertos países situados en diferentes continentes se enfrentan a incertidumbres vinculadas a los regímenes en vigor que tienden, cada vez más,

hacia el iliberalismo e incluso el autoritarismo en razón de la llegada a la jefatura del Estado o del gobierno de un líder o de un partido político que vulnera el Estado de derecho y las libertades fundamentales liberales.

La Rusia de Putin ofrece un perfecto ejemplo de ello. En efecto, después de haber sido teniente-coronel del KGB durante la época soviética y asesor en asuntos internacionales de Sobchak en San Petersburgo a partir de 1991, se convierte en teniente alcalde y en una de las personalidades más influyentes de la política municipal. En agosto de 1996, es nombrado director adjunto del Departamento de la administración de las propiedades presidenciales en Moscú, y, en marzo de 1997, entra en la administración presidencial para convertirse en vicepresidente un año más tarde. En julio de 1998, es nombrado director de los servicios secretos rusos y, el 9 de agosto de 1999, se convierte en el nuevo jefe del gobierno de Yeltsin (Lorrain, 2000).

Poco después de asumir sus nuevas funciones, utiliza el argumento de los atentados perpetrados contra edificios moscovitas cometidos presuntamente por activistas chechenos, para ordenar la reanudación de las hostilidades en el Cáucaso a fin de “restaurar el orden constitucional federal”. Así debuta la segunda guerra de Chechenia. Tras la dimisión de Yeltsin el 31 de diciembre de 1999, Putin, en su calidad de jefe del gobierno, se convierte en presidente interino. En las elecciones anticipadas, que están manchadas por irregularidades, es oficialmente elegido presidente de la Federación Rusa el 26 de marzo de 2000. Se beneficia, en todo momento, del apoyo de los principales medios de comunicación oficiales que alaban los méritos de su acción y dejan un espacio muy reducido a sus oponentes.

La tendencia autoritaria de Putin se refuerza tras su reelección en marzo de 2004 con el 71,22% de los sufragios. Desea restaurar la verticalidad del poder y someter la clase política, poniendo fin a la liberalización política impulsada por Yeltsin. A su vez, ejerce un control acérrimo sobre el país a través de la administración y refuerza el poder de los servicios de inteligencia, así como del ejército y de la policía. Además, bajo el pretexto de luchar contra una corrupción endémica, Putin persigue a los oligarcas, cuyo poder económico considera excesivo, y toma el control de las principales empresas del país, particularmente las energéticas. Y, la evicción de varios oligarcas (entre los cuales se encuentra Berezovski) de los medios de comunicación que poseían hasta la fecha refuerza el control del régimen sobre la información y atenta contra su pluralismo, lo que se acompaña de una represión creciente de los órganos de prensa y de los periodistas independientes (Pons, 2014).

Después de haber sido primer ministro durante cuatro años, Putin se convierte de nuevo en presidente en 2012 al obtener el 63,6% de los votos, resultados que son cuestionados por la oposición. Su control del régimen se traduce, especialmente por la disolución de la agencia de prensa oficial RIA Novosti a fin de dar luz a un nuevo órgano de prensa que se halla bajo su control absoluto y lanza dos nuevos órganos de influencia: la agencia Sputnik y la televisión RT a fin de difundir una imagen favorable de Rusia en el extranjero. Precisamente, su política exterior se caracteriza por la invasión de Crimea y el apoyo prestado en el Dombás a las fuerzas independentistas en 2014. Apoya igualmente el régimen de Bachar al-Assad en Siria.

Tras su nueva reelección en mayo de 2018, impulsa una reforma de la constitución rusa de cara a poder presentarse dos veces consecutivamente después de 2024, permitiéndole perpetuarse en el poder hasta 2036. Además, el 22 de diciembre de 2020, hace aprobar una ley que otorga la inmunidad judicial de por vida a los antiguos presidentes y a sus allegados, puesto que, a partir de entonces, ningún antiguo jefe del Estado podrá ser perseguido administrativa y penalmente, y tampoco podrá ser detenido por las fuerzas de seguridad, ser sometido a un interrogatorio o ser objeto de un registro. En junio de 2021, Putin promulga una ley, previamente aprobada por la Duma, que prohíbe a los colaboradores de ciertas organizaciones

participar en las elecciones, lo que limita las posibilidades de los oponentes de presentar candidatos. Más aún, en agosto de 2020, el opositor Navalny es envenenado (presumiblemente por los servicios de inteligencia rusos), encarcelado y condenado por los tribunales por haber violado su control judicial mientras se encontraba en convalecencia en Alemania. En política exterior, tras reconocer oficialmente las repúblicas de Donets y Lougansk, el 24 de febrero de 2022, anuncia el lanzamiento de una “operación especial” en Ucrania que, en realidad, es un intento de invasión del país vecino (Plokyh, 2023).

3.3. Hambruna y miseria

De manera análoga, en el momento en el cual la hambruna y la miseria son cada vez menos aparentes en los países desarrollados, aunque persistan importantes bolsas de pobreza y de exclusión social, en particular en países que conocen unas fuertes desigualdades socioeconómicas y no se benefician de un sistema de protección social universal y eficaz, es preciso constatar que estas lacras perduran e incluso progresan en el mundo. Así, según la última edición del informe titulado *El estado de la seguridad alimentaria y de la nutrición en el mundo*, el planeta “pierde terreno en su lucha para eliminar el hambre y la malnutrición”, en la medida que “el número de personas afectadas por el hambre en el mundo ha aumentado para alcanzar 828 millones en 2021, es decir un incremento de alrededor de 46 millones con respecto a 2020 y de 150 millones desde la aparición de la pandemia del Covid-19” (ONU, 2022c).

Ese informe describe un panorama desolador. “La proporción de personas afectadas por el hambre ha aumentado notablemente en 2020 y ha continuado creciendo en 2021, para representar el 9,8% de la población mundial. (...) En 2021, 2,3 mil millones de personas (el 29,3% de la población mundial) estaban en situación de inseguridad alimentaria moderada o grave, es decir 350 millones de personas más que antes de la pandemia del Covid-19. [Y], cerca de 924 millones de personas (el 11,7% de la población mundial) se enfrentaba a una inseguridad alimentaria grave, es decir un aumento de 207 millones de personas en dos años” (ONU, 2022c).

Conviene añadir a todo ello que, siempre en 2021, “la diferencia entre las mujeres y los hombres en materia de inseguridad alimentaria se ha acentuado, [puesto que] el 31,9% de las mujeres en el mundo estaban en situación de inseguridad alimentaria moderada o grave, contra el 27,6% de los hombres”, es decir una diferencia de más de 4 puntos, contra 3 puntos en 2020 (ONU, 2022c). A su vez, “45 millones de niños de menos de cinco años sufren emaciación, la forma más [severa] de malnutrición, que puede multiplicar por doce el riesgo de fallecimiento entre los niños. Además, 149 millones de niños menores de cinco años presentaban un retraso de crecimiento y de desarrollo en razón de una escasez crónica de nutrientes esenciales en su alimentación” (ONU, 2022c).

Por último, en 2020, “cerca de 3,1 mil millones de personas no podían permitirse una alimentación sana. Esta cifra, que supera en 112 millones la de 2019, se explica por la inflación de los precios al consumo de productos alimentarios provocada por las repercusiones económicas de la pandemia del coronavirus y las medidas implementadas para refrenarla” (ONU, 2022c).

Y, los representantes de la ONU no son optimistas en cuanto al futuro, en la medida en que estiman que cerca de 670 millones de personas, es decir el 8% de la población mundial, “seguirá padeciendo hambre en 2030, incluso en el caso de una recuperación económica mundial. Esta cifra es similar a la de 2015, cuando el objetivo consistía en eliminar el hambre, la inseguridad alimentaria y la malnutrición de aquí a finales de la década actual en el marco

del Programa de Desarrollo Sostenible al horizonte 2030” (ONU, 2022c).

4. ANTE LAS DESIGUALDADES SOCIALES

Las desigualdades ante la incertidumbre son igualmente de origen social, empezando por el nivel de cualificación, tal y como lo ilustra el caso galo.

4.1. Niveles de cualificación

El nivel de cualificación tiene una incidencia directa sobre la exposición de los individuos al desempleo y a la precariedad, así como sobre las trayectorias profesionales.

Así, la comparación de la evolución del desempleo de los jóvenes diplomados de la enseñanza superior y de los jóvenes carentes de títulos académicos -entre 1975 y 2008 en Francia- muestra, “no tanto una erosión tendencial del estatus de los diplomados, sino un incremento muy claro de su ventaja sobre los no-diplomados en materia de acceso al empleo” (Maurin, 2009: 56). A ese propósito, las cifras son elocuentes, puesto que “la exposición superior al desempleo de los jóvenes sin títulos académicos con respecto a los diplomados de la enseñanza superior era de alrededor de 10 puntos a mediados de los años setenta, [mientras que] supera hoy en día los 40 puntos, es decir una multiplicación por cuatro en treinta años” (Maurin, 2009: 56).

Una constatación similar se impone en cuanto al vínculo existente entre titulación y precariedad. Aunque la gran mayoría de los jóvenes tiene problemas de inserción y de consolidación en el mercado laboral, dado que se enfrenta a dificultades específicas relacionadas con la necesidad de ganar la confianza de sus empleadores y las reticencias de estos últimos a la hora de darles una oportunidad en razón de su falta de experiencia, es cierto que “los diplomados superan esta prueba con una facilidad creciente” (Maurin, 2009: 60). “Los diplomados se benefician de un *a priori* positivo en el momento de la primera contratación y (...) el efecto aumenta a medida que es cada más estigmatizante para los no-diplomados” (Maurin, 2009: 60).

El análisis de los datos correspondientes a la exposición al desempleo de las personas que han abandonado el sistema educativo desde hace 5 a 10 años entre 1975 y 2008 revela “un aumento de más de 30 puntos de la ventaja de los diplomados sobre los no-diplomados. Ese incremento es tan importante como el que se observa en los cinco años posteriores a los estudios” (Maurin, 2009: 60). En ese sentido, “la tasa de desempleo de los diplomados se convierte rápidamente en residual después de algunos años de carrera profesional, mientras que es cada vez menos el caso para las personas menos diplomadas” (Maurin, 2009: 60).

Esto se explica por el hecho de que los diplomados acceden más rápidamente a empleos estables con estatus, con la protección social que ello les confiere. Couppié, Gasquet y Lopez (2007) muestran claramente que “los jóvenes diplomados conocen mayores ascensos profesionales y transiciones hacia contratos fijos que los no-diplomados a lo largo de los años posteriores a su entrada en el mercado laboral” (Maurin, 2009: 61). De hecho, en 2005, “para la generación salida del sistema educativo en 1998, la proporción de contratos fijos es del 86% para los diplomados de la enseñanza superior frente al 51% para los no-diplomados” y la ventaja que procura el título académico en esta materia tiende a reforzarse a lo largo del tiempo (Maurin, 2009: 61).

Asimismo, el análisis de las personas que ocupan un empleo relacionado con la evolución de su exposición a los contratos temporales o a la interinidad, es decir a la precariedad

profesional, permite llegar a una conclusión similar, en la medida que el auge de los contratos precarios concierne ante todo a los no-diplomados (DiPetre, et al., 2006). Esto se averigua, ante todo, en materia de acceso a los puestos de dirección que “están mucho menos expuestos al riesgo de desempleo que los puestos de obreros y empleados. Reciben sueldos más elevados, se benefician de sistemas de pensiones privilegiados, acceden más fácilmente a la formación profesional, gozan de mejores condiciones de trabajo y de mayores perspectivas de movilidad” (Maurin, 2009: 62).

Una vez más, el hecho de realizar estudios universitarios incrementa la probabilidad de acceder a cargos directivos. Así, en lo que se refiere a los asalariados que han abandonado el sistema educativo desde hace 5 años, a inicios de los años 2000, “la proporción de directivos y de profesiones intermedias es del 85% entre los asalariados diplomados de la enseñanza superior, es del 27% entre los titulares de un simple bachillerato y es residual entre las personas sin títulos académicos” (Maurin, 2009: 62).

4.2. Estatus profesionales

Las desigualdades de estatus son igualmente perceptibles, en particular en tiempos de crisis, porque la suerte de los trabajadores que gozan de un contrato fijo es mucho más favorable que la de los precarios, que dispongan de contratos temporales o actúen como interinos. De hecho, cuando la actividad económica se contrae notablemente, indican Goux, Maurin y Pauchet (2001), las empresas se adaptan inmediatamente reduciendo las contrataciones y las transformaciones de los contratos temporales en contratos fijos, dado que pueden ajustar sus plantillas rápidamente y al menor coste (Maurin, 2009: 24). En otros términos, “mientras que las personas con contrato fijo están ampliamente protegidas durante las fases recesivas, estos periodos modifican considerablemente las perspectivas de futuro de las personas que no habían formado parte del núcleo de los empleos protegidos” (Maurin, 2009: 24).

Mientras que, a inicios de los años noventa, “entre los asalariados con contrato temporal, más del 35% están en contrato fijo el año siguiente y solamente el 23% se hallan en desempleo, (...) algunos años más tarde, justo después de la recesión de 1993, la proporción de trabajadores con contratos temporales que acceden a contratos fijos cae al 24%, mientras que la proporción de transiciones de contratos temporales al desempleo suben al 28%” (Maurin, 2009: 25). Ese deterioro afecta igualmente a los desempleados que aspiran a acceder a un contrato fijo, en la medida que “su probabilidad de encontrar un contrato a duración indeterminada, ya de por sí débil antes de la recesión (el 21% en 1991), se convierte en muy limitada después (el 13% en 1997)” (Maurin, 2009: 25). Y, para las personas que no tienen un contrato fijo, “una recesión es también una fuente de desclasificación rampante, en la medida que se aleja brutalmente y para un cierto periodo, cualquier probabilidad de integración en el seno de las formas más protegidas de empleo” (Maurin, 2009: 25).

4.3. Género

Asimismo, a pesar de los avances observados a lo largo de las últimas décadas en materia de igualdad de género, especialmente en el acceso de la mujer a la educación, al empleo y, en menor medida, a los cargos políticos, es necesario indicar que las desigualdades de género persisten en la mayoría de las esferas. Así, aunque las mujeres son más numerosas entre el alumnado universitario durante el curso 2018-2019 (59%), están sobrerrepresentadas en Letras y en Humanidades (70%) mientras que solo representan el 30% de las matriculaciones en las distintas Ingenierías “que conducen a carreras profesionales prestigiosas y remuneradoras”

(Observatoire des inégalités, 2021).

A su vez, aunque más diplomadas que sus homólogos masculinos, están menos pagadas, puesto que, de media, el salario de las mujeres es inferior en un 23% al de los hombres en 2017. Incluso cuando trabajan a jornada completa, su remuneración es inferior en un 16,8% y, peor aún, a puestos de trabajo y jornadas laborales iguales, ganan un 5,3% menos que sus compañeros masculinos. Y, las diferencias salariales aumentan a medida que se asciende en la jerarquía, lo que se confirma entre los directivos donde la diferencia alcanza el 18% (Observatoire des inégalités, 2021).

Por último, las mujeres están sobrerrepresentadas entre las personas que ocupan empleos precarios, que se trate de contratos temporales o de jornadas a tiempo parcial; sabiendo que es cuestión, lo más frecuentemente, de situaciones padecidas. De hecho, “en 2019, un millón de mujeres que trabajaban a tiempo parcial deseaban trabajar más” (Observatoire des inégalités, 2021). Esto se repercute en el riesgo de pobreza que concierne al 8,5% de las mujeres. Es preciso subrayar que “el 23,8% de las familias monoparentales (en gran mayoría mujeres solteras con hijos) están en situación de pobreza” (Observatoire des inégalités, 2021).

4.4. Grupos de edad

Asimismo, la situación de los jóvenes es poco halagüeña, en particular en cuanto a su inserción laboral. De hecho, desde mediados de los años setenta, “el aumento continuo y rápido del desempleo que acompaña el fin del periodo de fuerte crecimiento (1945-1975) fragiliza (...) la transición entre el final de los estudios y el empleo” (Peugny y Van de Velde, 2013: 645). A partir de 1977, los balances *formación-empleo* del INSEE ponen en evidencia “el desempleo como un riesgo fundamental al que se enfrentan el 17% de los hombres jóvenes y el 24% de las mujeres jóvenes” (Peugny y Van de Velde, 2013: 645).

Y, la situación no cesa de deteriorarse con el paso del tiempo, en la medida que la situación de los jóvenes se degrada paulatinamente. “No se trata solamente del desempleo que afecta el inicio de la carrera [profesional] de los jóvenes, sino, más generalmente, de la precarización del empleo y del contrato de trabajo. Así, a mediados de los años noventa, el 20% de los jóvenes activos ocupados están en empleo temporal” (Peugny y Van de Velde, 2013: 645). A menudo, padecen esta situación, porque la mayoría de los jóvenes concernidos expresan su deseo de trabajar más (Meron y Minni, 1995).

Esta dificultad de inserción de los jóvenes en el mercado laboral alarga indefinidamente el tiempo de la juventud (Galland, 1984). Más aún, especialmente enfrentados al fracaso escolar y a la precarización del empleo (Pialoux, 1979; Lagrée y Lew Fai, 1989), “las fracciones más desfavorecidas de los jóvenes se sienten, desde finales de los años setenta hasta los años ochenta, [como] una ‘juventud sin futuro’” (Peugny y Van de Velde, 2013: 645).

Los jóvenes de los barrios desfavorecidos situados en la periferia de las grandes ciudades viven su situación como una pesadilla (Dubet, 1987) y se enfrentan a la pobreza y a la exclusión social en sus “barrios de exilio” (Dubet y Lapeyronnie, 1992). De hecho, “el desempleo y la precarización del empleo desempeñan un rol fundamental en la vivencia de estos jóvenes” (Peugny y Van de Velde, 2013: 646) que se sienten encerrados en su “condición interina” (Beaud, 1993).

4.5. Generaciones

Sucede lo mismo con las desigualdades intergeneracionales. De hecho, “a medida que perdura el periodo de crisis iniciado en los años setenta, la desventaja de las nuevas

generaciones, comparada con las cohortes del *baby-boom*, aparece con fuerza” (Peugny y Van de Velde, 2013: 646).

Ello concierne especialmente a los salarios. Así, más allá de las categorías socio-profesionales y de las coyunturas económicas, prevalece “un efecto propio de la generación de pertenencia sobre el salario, [favorable] a las generaciones que entran en el mercado laboral durante la inmediata posguerra y hasta inicios de los años sesenta” (Guillotín, 1988: 13).

Unas investigaciones efectuadas a lo largo de la década siguiente, entre otros por Legris y Lollivier (1996), confirman ese diagnóstico. “Si el nivel de vida de los hogares franceses ha progresado un 60% entre 1970 y 1990, todas las cohortes no se han beneficiado de ese incremento en las mismas proporciones (...). Todas las cohortes nacidas antes de inicios de los años cincuenta han conocido una elevación general de su nivel de vida, pero, para aquellas que intentan integrarse en el mercado laboral desde inicios de los años ochenta, ese movimiento de progresión se interrumpe, puesto que estos jóvenes no tienen un nivel de vida más elevado que el de sus padres veinte años antes” (Peugny y Van de Velde, 2013: 646-647).

De manera análoga, observando los profundos cambios acontecidos en la relación entre la edad y el nivel de salario desde los años sesenta, Baudelot y Gollac muestran un agrandamiento de las diferencias entre las distintas edades, en detrimento de los asalariados más jóvenes. “Una diferencia de cerca del 50% separa en 1993 las remuneraciones de los treintañeros de aquellas de la franja de edad mejor pagada, mientras que esta diferencia era dos veces menor en 1970” (Baudelot y Gollac, 1997: 17).

Ese efecto generacional está “vinculado a la congelación y luego a la bajada de los salarios en el momento de la primera contratación, por una parte, y a un aumento menos rápido de los salarios a lo largo de la carrera, por otra parte. A largo plazo, las desigualdades salariales entre las cohortes se estructuran de la siguiente manera: el salario medio aumenta entre las cohortes nacidas en los años diez y aquellas nacidas a mediados de los años cuarenta, y posteriormente disminuye para aquellas nacidas en los años cincuenta e inicios de los años sesenta. Para las cohortes más recientes, la evolución negativa prosigue” (Peugny y Van de Velde, 2013: 647). Esto concierne en particular a las mujeres nacidas entre 1956 y 1976, dado que el salario medio anual disminuye un 7%, mientras que solo baja un 4% para los hombres (Koubi, 2003a).

Acontece algo parecido para el acceso diferenciado a ciertas posiciones sociales o, dicho de otra forma, para la movilidad social de las diferentes generaciones; sabiendo que está íntimamente vinculada a la cuestión de las desigualdades de salarios y rentas. Así, entre 1975 y 1995, “el aumento del número de directivos ha beneficiado sobre todo a las categorías de edad más elevadas y a los puestos directivos, que engendran unos suplementos salariales sustanciales y están cada vez más concentrados en las clases de edad elevadas” (Baudelot y Gollac, 1997: 19).

Asimismo, midiendo la proporción de directivos y de profesiones intermedias en las cohortes sucesivas, Chauvel “muestra que no aumenta para los 30-35 años entre 1980 y 2000, mientras que se incrementa sensiblemente para los más mayores”, de modo que, en gran medida, el auge de los directivos sea el hecho de las cohortes nacidas entre 1945 y 1950 (Peugny y Van de Velde, 2013: 647), mientras que la suerte de las generaciones posteriores es menos envidiable (Chauvel, 2006: 40-41).

Esto se conjuga con una modificación del ritmo de acceso a los puestos directivos. Como lo indica Koubi (2003b), “si las cohortes nacidas en los años cuarenta podían, en una proporción no desdeñable, acceder a estos puestos gracias a la antigüedad hasta relativamente tarde en la carrera [profesional], ya no es el caso para las cohortes nacidas a inicios de los años sesenta, para las cuales el acceso a los puestos directivos se hace esencialmente antes de la cuarentena, signo de que el diploma obtenido durante la formación inicial se convierte en cada

vez más central en el acceso a los mejores empleos, limitando, de hecho, la movilidad profesional de las cohortes más recientes” (Peugny y Van de Velde, 2013: 647).

En otros términos, a partir del momento en que el acceso a los empleos situados en la parte alta de la estructura social “se ralentiza para las cohortes nacidas a inicios de los años sesenta, no es sorprendente observar un deterioro de las perspectivas de movilidad social de estas últimas. Comparados con sus homólogos nacidos inmediatamente después del final de la Segunda Guerra Mundial, los hijos de padres directivos o que ejercen una profesión intermedia se convierten lo más a menudo en directivos” (Peugny y Van de Velde, 2013: 647; Peugny, 2007).

En definitiva, “los individuos nacidos una quincena de años después de aquellos nacidos durante el *baby-boom* se enfrentan a una situación económica claramente degradada: desempleo, precarización del contrato de trabajo, salarios orientados a la baja, acceso más difícil a los empleos situados en la parte alta de la estructura social, que pesa sobre las trayectorias de las cohortes recientes” (Peugny y Van de Velde, 2013: 648). En ese sentido, lo que une a los individuos nacidos en los años sesenta es el riesgo de conocer una cierta desclasificación social (Chauvel, 2010). “Por primera vez, en tiempos de paz, una generación podría conocer un deterioro de sus condiciones de vida con respecto a aquella que la precede” (Peugny y Van de Velde, 2013: 648).

5. ANTE LAS DISPARIDADES ECONÓMICAS

La incertidumbre creciente está igualmente vinculada a las desigualdades económicas, empezando por las diferencias de patrimonio, de lejos, las más importantes.

5.1. Patrimonios

Si el periodo que transcurre de 1914 a 1980 se caracteriza por un reforzamiento del Estado social y del impuesto progresivo en la mayoría de los países desarrollados, conduciendo a una disminución paulatina de las desigualdades socioeconómicas, es necesario constatar que esta reducción es poco consecuyente y no ha impedido la concentración de la propiedad.

Así, se observa en Europa la aparición paulatina de una clase media patrimonial, puesto que, si “el 40% de la población comprendida entre el 50% más pobre y el 10% más rico posee apenas más del 10% del total de las propiedades en 1913; está en posesión del 40% en 2020, especialmente bajo la forma de bienes inmuebles” (Piketty, 2021: 218). No en vano, en 2020, el 50% de los más pobres solo posee el 5% del total en el Viejo Continente, “mientras que el 10% más rico posee el 55%” (Piketty, 2021: 218). En otros términos, “los primeros tienen un patrimonio medio que es más de 500 veces más débil que el de los segundos. Su parte en el total es más de 10 veces más escasa, mientras son 5 veces más numerosos” (Piketty, 2021: 218).

Esta situación no es exclusiva de Europa, ya que, “en Estados Unidos, la situación es aún más extrema. [De hecho], el 50% de los más pobres posee en 2020 apenas el 2% del total, frente al 72% para el 10% más rico, y el 26% para la clase media patrimonial. En términos de concentración de la propiedad, los Estados Unidos de 2020 se encuentran en una posición intermedia entre la Europa de 1913 y la de 2020, y tienden a aproximarse a la primera” (Piketty, 2021: 218). En ese sentido, Europa y Estados Unidos han invertido sus posiciones a lo largo del siglo XX. Pero, su punto en común es su propensión a favorecer una concentración del patrimonio a partir de los años ochenta.

Esta tendencia es tal que Frémeaux (2018) habla de un retorno a una sociedad patrimonial. De hecho, “desde los inicios del siglo XVIII a inicios del siglo XX, el valor total del patrimonio privado representa alrededor de siete años de renta nacional. A lo largo del siglo XX, esta relación patrimonio/renta ha conocido unas evoluciones marcadas, cayendo a menos de tres años de renta en los años cincuenta, antes de subir progresivamente a más de seis años de renta en 2010” (Frémeaux, 2018: 13).

Estas evoluciones son inseparables de las políticas públicas llevadas a cabo por los Estados. “La implementación de una fiscalidad progresiva (...) durante la primera mitad del siglo XX, a nivel de las rentas y sucesiones, ha frenado considerablemente la reconstitución de los patrimonios disminuyendo el rendimiento neto (...) del patrimonio. La relajación de esta presión fiscal a partir de los años ochenta, en particular en los países anglo-sajones, [pero no únicamente], explica, al contrario, la tendencia reciente del patrimonio y de las desigualdades” (Frémeaux, 2018: 15).

5.2. Rentas

Una constatación similar se impone en materia de rentas, en la medida que las desigualdades de renta se han incrementado de nuevo desde los años ochenta, “con un movimiento sensiblemente más nítido en Estados Unidos” (Piketty, 2021: 221).

Estas evoluciones se explican por una serie de cambios políticos a nivel social, fiscal, educativo y financiero. Al otro lado del Atlántico, “la virulencia de las políticas antisindicales y el derrumbe del salario mínimo federal (...) han sido determinantes en la caída de las rentas más bajas” (Piketty, 2021: 223). Esto se conjuga con “el muy fuerte aumento de las mayores fortunas y el incremento exponencial de las remuneraciones de los directivos” (Piketty, 2021: 223). Esto se explica, entre otros factores, “por el cuestionamiento del impuesto progresivo, que ha alcanzado unos máximos al otro lado del Atlántico de 1932 a 1980, antes de hacerlo, con un rigor idéntico, en la otra dirección tras la movilización orquestada por la revolución conservadora de los años ochenta” (Piketty, 2021: 218).

En el Viejo Continente, el Estado social y la fiscalidad progresiva han permitido contener, en mayor medida, el incremento de las desigualdades. “La parte del 10% más rica ha pasado del 52% del total de las rentas en 1910 al 28% en 1980, antes de incrementarse de nuevo al 36% en 2020. Aquella destinada al 50% más pobre ha pasado del 13% en 1910 al 24% en 1980, antes de recaer al 21% en 2020” (Piketty, 2021: 223). Si es cierto que las desigualdades de renta son notablemente más débiles en 2020 que en 1910, “todo ello con la progresión considerable de la renta media a lo largo del siglo anterior” (Piketty, 2021: 223), es igualmente cierto que estas desigualdades se incrementan de nuevo desde los años ochenta. Más allá de estas variaciones, las desigualdades continúan siendo fuertes en unas “sociedades europeas [que] jamás han cesado de ser unas sociedades fuertemente jerarquizadas” (Piketty, 2021: 224).

6. CONCLUSIÓN

En definitiva, en este artículo, hemos puesto de manifiesto el hecho de que, si la intensificación y diversificación de la incertidumbre y el incremento de sus efectos conciernen al conjunto de las sociedades contemporáneas, todos los actores no están expuestos de la misma manera y en las mismas proporciones, tanto frente a los desequilibrios medio ambientales como a las tensiones geopolíticas, a las disparidades económicas y a las desigualdades sociales. Es cierto en cuanto a los diferentes niveles de vulnerabilidad ante los desequilibrios medio

ambientales y, en particular, ante la elevación del nivel del mar y de los riesgos de sumersión, las intensas precipitaciones y las probabilidades de inundación, las sequías y los riesgos de incendio. Sucede algo parecido con las situaciones geopolíticas que varían notablemente en función de las zonas geográficas concernidas y de las poblaciones que residen en ellas, ya que su exposición a las guerras y a los conflictos armados, a los regímenes autoritarios e iliberales, a la hambruna y a la miseria fluctúa considerablemente. Asimismo, la incertidumbre oscila fuertemente según el nivel de estudios, el estatus profesional, el género, la generación o la edad; sabiendo que estas son inseparables de las disparidades económicas en términos de patrimonio

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmadalipour, A. et al. (2019). Mortality risk from heat stress expected to hit poorest nations the hardest. *Climatic Change*, 152 (3-4), 569-579. <http://dx.doi.org/10.1007/s10584-018-2348-2>
- Akram, A. (2021). *Afghanistan: conflit et société*. L'Harmattan.
- Bammer, G. & Smithson, M. (Eds.) (2008). *Uncertainty and risk: multidisciplinary perspectives*. Earthscan.
- Baudelot, C. & Gollac, M. (1997). Le salaire du trentenaire: question d'âge ou de génération? *Économie et Statistique*, 304-305, 17-35. https://www.persee.fr/doc/estat_0336-1454_1997_num_304_1_2554
- Bauman, Z. (2006). *La vie liquide*. Éditions du Rouergue.
- Beaud, S. (1993). Le rêve de l'intérimaire. En Bourdieu, P. (Dir.), *La misère du monde*. (pp.349-365). PUF.
- Beck, U. (2001). *La société du risque*. Flammarion.
- Bianchi, E. & Kepel, G. (2009). *Au cœur du fondamentalisme*. Bayard.
- Borrel, C. et al. (2006). Socioeconomic Position and Excess Mortality during the Heat Wave of 2003 in Barcelona. *European Journal of Epidemiology*, 21 (9), 633-640. <https://doi.org/10.1007/s10654-006-9047-4>
- Braun, B. & Aßheuer, T. (2011). Floods in megacity environments: vulnerability and coping strategies of slum dwellers in Dhaka/Bangladesh. *Natural hazards*, 58 (2), 771-787. <https://doi.org/10.1007/s11069-011-9752-5>
- Bronner, G. (2013). *La démocratie des crédules*. PUF.
- Brouwer, R. et al. (2007). Socioeconomic Vulnerability and Adaptation to Environmental Risk: A Case Study of Climate Change and Flooding in Bangladesh. *Risk Analysis*, 27 (2), 313-326. <https://doi.org/10.1111/j.1539-6924.2007.00884.x>
- Byers, E. et al. (2018). Global Exposure and Vulnerability to Multi-Sector Development and Climate Change Hotspots. *Environmental Research Letters*, 13 (5), 1-14. <http://dx.doi.org/10.1088/1748-9326/aabf45>
- Carter, M.R. (2007). Poverty Traps and Natural Disasters in Ethiopia and Honduras. *World Development*, 35 (5), 835-856. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2006.09.010>
- Castel, R. (1995). *Les métamorphoses de la question sociale: une chronique du salariat*. Fayard.
- Castel, R. (2003). *L'insécurité sociale: qu'est-ce qu'être protégé?* Seuil.
- Castel, R. (2009). *La montée des incertitudes*. Seuil.
- Chauvel, L. (2006). Les nouvelles générations devant la panne prolongée de l'ascenseur social. *Revue de l'OFCE*, 96, 35-50. <https://www.ofce.sciences-po.fr/pdf/revue/3-96.pdf>
- Chauvel, L. (2010). *Le destin des générations*. PUF.
- Couppié, T., Gasquet, C. & Lopez, A. (Coord.) (2007). *Quand la carrière commence*. CEREQ.
- Deryugina, T. & Hsiang, S.M. (2014). Does the environment still matter? Daily temperature and income in the United States. *National Bureau of Economic Research*, working paper, 20750. https://www.nber.org/system/files/working_papers/w20750/w20750.pdf
- DiPetre, T., Goux, D., Maurin, E. & Quesnel-Vallée, A. (2006). Work and Pay in Flexible and Regulated Labor Market: A Generalized Perspective on Institutional Evolution in Inequality Trends in Europe

- and the US. *Research in Social Stratification and Mobility*, 24 (3), 311-332. <https://doi.org/10.1016/j.rssm.2006.04.001>
- Dubet, F. & Lapeyronnie, D. (1992). *Les quartiers d'exil*. Seuil.
- Dubet, F. (1987). *La galère: jeunes en survie*. Fayard
- Egeru, A., et al. (2014). Coping with firewood scarcity in Soroti District of Eastern Uganda. *Open Journal of Forestry*, 4 (1), 70-74. <http://dx.doi.org/10.4236/ojf.2014.41011>
- Elliott, J.R. & Pais, J. (2006). Race, class, and Hurricane Katrina: Social differences in human responses to disaster. *Social science research*, 35 (2), 295-321. <https://doi.org/10.1016/j.ssresearch.2006.02.003>
- Euriat, M. & Thélot, C. (1995). Le recrutement social de l'élite scolaire en France. Évolution des inégalités de 1950 à 1990. *Revue française de sociologie*, 36 (3), 403-438. https://www.persee.fr/doc/rfsoc_0035-2969_1995_num_36_3_5065
- Formetta, G. & Feyen, L. (2019). Empirical evidence of declining global vulnerability to climate-related hazards. *Global Environmental Change*, 57, 101920. <https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2019.05.004>
- Frémeaux, N. (2018). *Les nouveaux héritiers*. Seuil.
- Galland, O. (1984). Précarités et entrées dans la vie. *Revue française de sociologie*, 25 (1), 49-66. https://www.persee.fr/doc/rfsoc_0035-2969_1984_num_25_1_3767
- Gosling, S.N. & Arnell, N.W. (2016). A Global Assessment of the Impact of Climate Change on Water Scarcity. *Climatic Change*, 134 (3), 371-385. <https://doi.org/10.1007/s10584-013-0853-x>
- Goux, D., Maurin, E. & Pauchet, M. (2001). Fixed-Term Contracts and the Dynamics of Labor Demand. *European Economic Review*, 45, 533-552. [https://doi.org/10.1016/S0014-2921\(00\)00061-1](https://doi.org/10.1016/S0014-2921(00)00061-1)
- Gregory P.J. & Marshall, B. (2012). Attribution of Climate Change: A Methodology to Estimate the Potential Contribution to Increases in Potato Yield in Scotland since 1960. *Global Change Biology*, 18 (4), 1372-88. <https://doi.org/10.1111/j.1365-2486.2011.02601.x>
- Guillot, Y. (1988). Les carrières salariales en France de 1967 à 1982: la crise a touché inégalement les professions et les générations. *Économie et Statistique*, 210, 13-20. https://www.persee.fr/doc/estat_0336-1454_1988_num_210_1_5206
- Guivarch, C. & Taconet, N. (2020). Inégalités mondiales et changement climatique. *Revue de l'OFCE*, 2020-1 (165), 35-70. <https://doi.org/10.3917/reof.165.0035>
- Hallegatte, S. et al. (2015). *Shock waves: managing the impacts of climate change on poverty*. World Bank Publications.
- Harrington, L.J. et al. (2016). Poorest Countries Experience Earlier Anthropogenic Emergence of Daily Temperature Extremes. *Environmental Research Letters*, 11 (5), 055007. <https://doi.org/10.1088/1748-9326/11/5/055007>
- Hartog, F. (2012). *Régimes d'historicité*. Points Seuil.
- Heal G. & Park, J. (2016). Reflections-Temperature Stress and the Direct Impact of Climate Change: A Review of an Emerging Literature. *Review of Environmental Economics and Policy*, 10 (2), 347-62. <https://doi.org/10.1093/reep/rew007>
- Hertel, T.W. (2015). Food security under climate change. *Nature Climate Change*, 6 (1), 10-13. <https://doi.org/10.1038/nclimate2834>
- Huq, M. et al. (2010). *Vulnerability of Bangladesh to cyclones in a changing climate: Potential damages and adaptation cost*. The World Bank.
- Jaggard, K.W., Qi, A. & Semenov, M.A. (2007). The Impact of Climate Change on Sugarbeet Yield in the UK: 1976–2004. *The Journal of Agricultural Science*, 145 (4), 367-375. <https://doi.org/10.1017/S0021859607006922>
- Jongman, B. et al. (2015). Declining Vulnerability to River Floods and the Global Benefits of Adaptation. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112 (18), E2271-80. <https://doi.org/10.1073/pnas.1414439112>
- Kahn, M.E. (2005). The death toll from natural disasters: the role of income, geography, and institutions. *Review of economics and statistics*, 87 (2), 271-84. <https://doi.org/10.1162/0034653053970339>
- King, A.D. & Harrington, L.J. (2018). The Inequality of Climate Change From 1.5 to 2°C of Global Warming. *Geophysical Research Letters*, 45 (10), 5030-33, <https://doi.org/10.1029/2018GL078430>
- Koubi, M. (2003a). Les carrières salariales par cohorte de 1967 à 2000. *Économie et Statistique*, 369-370,

- 149-171. https://www.persee.fr/doc/estat_0336-1454_2003_num_369_1_7289
- Koubi, M. (2003b). Les trajectoires professionnelles: une analyse par cohorte. *Économie et Statistique*, 369-370, 119-147. https://www.persee.fr/doc/estat_0336-1454_2003_num_369_1_7288
- Krivoshchev, G.F. (1997). *Soviet Casualties and combat losses in the twentieth century*. Greenhill Books.
- Lagrée, J.-C. & Lew-Faï, P. (1989). *Jeunes et chômeurs. Chômage et recomposition sociale en France, en Italie et en Grande-Bretagne*. Presses du CNRS.
- Legris, B. & Lollivier, S. (1996). Le niveau de vie par génération. *Insee première*, 423.
- Lobell, D.B., Schlenker, W. & Costa-Roberts, J. (2011). Climate Trends and Global Crop Production Since 1980. *Science*, 333 (6042), 616-620. <https://doi.org/10.1126/science.1204531>
- Logan, J.R. (2006). *The impact of Katrina: Race and class in stormdamaged neighborhoods. Spatial Structures in the Social Sciences Initiative*. Brown University.
- Lorrain, P. (2000). *La mystérieuse ascension de Vladimir Poutine*. Rocher.
- Masozera, M. et al. (2007). Distribution of impacts of natural disasters across income groups: A case study of New Orleans. *Ecological Economics*, 63 (2-3), 299-306. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2006.06.013>
- Maurin, E. (2009). *La peur du déclassement*. Seuil.
- Meron, M. & Minni, C. (1995). Des études à l'emploi: plus tard et plus difficilement qu'il y a vingt ans. *Économie et Statistique*, 283-284, 9-31. https://www.persee.fr/doc/estat_0336-1454_1995_num_283_1_5960
- Moser, C. (2007). *Reducing global poverty: The case for asset accumulation*. Brookings Institution Press
- Myers, C.A. et al. (2008). Social vulnerability and migration in the wake of disaster: the case of Hurricanes Katrina and Rita. *Population and Environment*, 9 (6), 271-291. <https://doi.org/10.1007/s11111-008-0072-y>
- Nkedianye, D. et al. (2011). Mobility and livestock mortality in communally used pastoral areas: the impact of the 2005-2006 drought on livestock mortality in Maasailand. *Pastoralism: Research, Policy and Practice*, 1 (17). <https://doi.org/10.1186/2041-7136-1-17>
- Noack, F., et al. (2015). Responses to Weather and Climate: A Cross-Section Analysis of Rural Incomes. *The World Bank Policy Research Working Papers*, Novembre 2015, 7478, 1-47. <https://documents1.worldbank.org/curated/en/684571467991989362/pdf/WPS7478.pdf>
- Observatoire des Inégalités (2018). *L'accès à l'eau potable dans le monde*. <https://www.inegalites.fr/L-acces-a-l-eau-potable-dans-le-monde#:~:text=Parmi%20les%206%2C5%20milliards,moins%20douze%20heures%20par%20jour>
- Observatoire des Inégalités (2021). *Inégalités entre les femmes et les hommes: notre tableau de bord*. <https://www.inegalites.fr/Inegalites-entre-les-femmes-et-les-hommes-notre-tableau-de-bord>
- Painter, J. (2007). Deglaciation in the Andean region. *Human development report 2007-2008*, 2007-55, 1-21. <https://core.ac.uk/download/pdf/6248798.pdf>
- Pantakar, A. (2015). *The exposure, vulnerability, and ability to respond of poor households to recurrent floods in Mumbai*. The World Bank.
- Park J., et al. (2018). Households and Heat Stress: Estimating the Distributional Consequences of Climate Change. *Environment and Development Economics*, 23 (3), 349-368. <https://doi.org/10.1017/S1355770X1800013X>
- Peugny, C. & Van de Velde, C. (2013). Penser les inégalités entre générations. *Revue française de sociologie*, 2013-4 (54), 641-662. <https://www.cairn.info/revue-francaise-de-sociologie-2013-4-page-641.htm>
- Peugny, C. (2007). Éducation et mobilité sociale: la situation paradoxale des générations nées dans les années 1960. *Economie et Statistiques*, 410, 23-45. https://www.persee.fr/doc/estat_0336-1454_2007_num_410_1_7055
- Pialoux, M. (1979). Jeunes sans avenir et travail intérimaire. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 26-27, 19-47. https://www.persee.fr/doc/ars_0335-5322_1979_num_26_1_2628
- Piketty, T. (2021). *Une brève histoire de l'égalité*. Seuil.
- Plokhoy, S. (2023). *La guerre ruso-ukrainienne*. Gallimard.
- Pons, F. (2014). *Poutine*. Calmann-Levy.
- Ramos Torre, R. (2004). De la sociedad del riesgo a la sociedad de la incertidumbre. En J.L. Lujan & J. Echeverría (Eds.), *Gobernar los riesgos. Ciencia y valores en la sociedad del riesgo*. Biblioteca

Nueva.

Rashid, A. (2022). *L'ombre des talibans*. Autrement.

Rosanvallon, P. (2020). *Le siècle du populisme*. Seuil.

Rosenzweig, C. et al. (2014). Assessing Agricultural Risks of Climate Change in the 21st Century in a Global Gridded Crop Model Intercomparison. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 111 (9), 3268-73. <https://doi.org/10.1073/pnas.1222463110>

Strömberg, D. (2007). Natural disasters, economic development, and humanitarian aid. *Journal of Economic perspectives*, 21 (3), 199-222. <https://doi.org/10.1257/jep.21.3.199>

Supit, I., et al. (2010). Recent changes in the climatic yield potential of various crops in Europe. *Agricultural Systems*, 103 (9), 683-94. <https://doi.org/10.1016/j.agsy.2010.08.009>

Urteaga, E. & Izagirre, A. (2010). *Perceptions sociales de la science et de la technologie en Pays Basque*. L'Harmattan.

Urteaga, E. (2023a). Los orígenes de la incertidumbre. *Sistema*, 268, 39-62. <https://fundacionsistema.com/los-origenes-de-la-incertidumbre-aproximacion-desde-una-perspectiva-francesa/>

Urteaga, E. (2023b). *La société de l'incertitude*. L'Harmattan.

Urteaga, E. (2023c). Globalisation et incertitude. *Sociétés*, 2023-4 (162), 15-27. <https://www.cairn.info/revue-societes-2023-4-page-15.htm>

Breve currículo:

Eguzki Urteaga

Profesor de Sociología en la Universidad del País Vasco (UPV/EHU) e Investigador asociado en el Social and Business Research Laboratory (SBRLab). Es Doctor y Licenciado en Sociología por la Universidad Victor Segalen Buerdos 2 y Licenciado en Historia especialidad Geografía por la Universidad de Pau y de los Países del Adour. Profesor invitado en varias Universidades europeas (Burdeos, Lovaina, Coímbra, París, Rennes). Sus principales áreas de investigación son las políticas públicas, la sociolingüística aplicada y la teoría sociológica. Autor de más de 270 artículos universitarios tanto en Europa como en América Latina así como de 37 libros. Sus obras más recientes son: *La société de l'incertitude* (2023, L'Harmattan) y *Face à l'incertitude* (2023, L'Harmattan).